

una bibliografía. Ramón Mayra, en el editorial, ve a Bergamín y a su obra como "una fantasmagoría, una visión inaudita en el conjunto de la literatura actual". María Zambrano le considera "uno de los poquitos ejemplares que quedan de una especie en vías de extinción": la del escritor. De André Malraux, gran amigo del escritor, figura su introducción a "El clavo ardien-

do"; y de Benjamín Jernés, una nota acerca de "Enemigo que huye". Claude Roy asegura que "escribir la historia de Bergamín sería escribir la historia cotidiana de la España de los últimos años". Florence Delay analiza la "crítica citacional" del escritor. Nigel Dennis glosa su teatro (y hace la cronología). Juan Guillermo Renart comenta los comienzos del poeta. Siguen textos iné-

ditos y una entrevista de Juan González.

"Camp de l'arpa" dedicará sus próximos números a "Literatura y gastronomía", "Cesare Pavese" y "Literatura infantil". Los últimos aparecidos versaban sobre Kafka, "El nuevo periodismo" y "Serie Negra". ■

(1) "Camp de l'arpa", número 67-68, septiembre-octubre 1979. Director: M. Vázquez Montalbán.

## Literatura y enfermedad

Felipe Mellizo es un periodista muy conocido por su prosa personal e imaginativa y por su tenaz compromiso humanista. Plaza y Janés ha sacado ahora, dentro de la colección Rotativa, un volumen suyo que, bajo el título "Literatura y enfermedad", recoge una serie de trabajos publicados antes en su mayoría en un semanario médico. El propósito confesado de esta tanda de ensayos es un comentario sobre cómo expusieron y trataron en sus obras la enfermedad y la muerte algunos de los más famosos escritores de todos los tiempos, es decir, sobre los esfuerzos que realizaron por definir de una manera inteligible la enfermedad. En realidad, estos trabajos de Mellizo son un ensayo de visión personal de la condición humana —en su más doliente raíz— por interposición literaria de otros, y así nos encontramos con visiones humanistas de ese hombre concretísimo, personal e intransferible, que es Felipe Mellizo. Desde esta perspectiva resulta muy sugerente su formidable ensayo "Angor", en que el autor relata un episodio de angina de pecho que le sobrevino hará unos tres años y medio. Allí realiza un autorretrato delicioso y con fuerte sabor de autenticidad: "Las recomendaciones que se hacen a los individuos que han pasado por un infarto o una angina son llamadas al egoísmo absoluto: hemos de hacernos invulnerables a las canalladas, los gritos, las burradas que el mundo, inevitablemente, nos tira encima...; hemos de hacernos también invulnerables al amor, al compromiso de compartirlo todo con todos...; se nos predica algo horrible, una ruptura con todo lo que no sea el dios fascinante del Yo Mismo...".

A lo largo de los ensayos reunidos en "Literatura y enfermedad", Mellizo insiste una y otra vez, implícita o explícitamente, en la diferente perspectiva del lenguaje literario y del lenguaje científico a la hora de abordar el plano de las realidades últimas de la condición humana. Se trata de la tradicional distinción entre lo explicativo o nomotético y lo descriptivo o ideográfico. Cada persona es única e irrepetible, y

## ADIOS A LAS LETRAS

### La odisea del griego

Perdonen ustedes que llegue tarde, pero es que en el Caribe se reciben las noticias con muchas horas de descuido. El Premio Nobel de este año nos salió griego y a mí el mensaje me vino en la botella en que una vez se coló el papel en el que se afirmaba que Vicente Aleixandre era también el Nobel de España. Los griegos y los españoles siempre hemos tenido algo en común: la pasión por la poesía y la habilidad para hacer buenas ensaladas de cebolla. Así que no me ha importado demasiado que el premiado de este año no haya sido Miguel Delibes, que caza como un Rey y escribe como un presidente de república. Cuando le dieron el premio —no recibido— a Jean-Paul Sartre, yo estaba en cama leyendo "Las ratas" —los libros de Delibes se leen mejor en la cama, porque así se escucha más diáfano el lenguaje— y pensé: "Hombre, y por qué no le han dado el premio a este señor". El lector es como un aficionado al fútbol, que siempre quiere que gane su equipo. Pues no le han dado el premio a Delibes, ni a Carpentier ni a Borges, ni a Paz, ni a Corín Tellado. No estaba de ser para nosotros, díralo yo, como dicen mis compatriotas caribeños. Por cierto, un sola caribeño había en la lista castellana de los probables: Carpentier. Otro caribeño de una isla de habla inglesa —no me acuerdo de qué isla, pero estoy seguro de que no es Little Inagua, donde vivo— estaba en la dichosa lista de probables, pero no salió, así que me he olvidado de su nombre también.

A mí me gustan los griegos, porque inventaron la democracia. En un artículo antiquísimo, del que me acuerdo porque soy más maníptico que Seneca, José María Pemán decía que los griegos habían inventado la democracia porque ese ejercicio era posible cuando había poca gente y se podía decidir en un estadio. No sé si el maestro gaditano se expresó así, pero la idea era esa. Cuando se les acabó el estadio, cuando el campo de fútbol se les quedó chico, los griegos inventaron la dictadura, y pusieron a los coroneles a administrar el país. Afortunadamente, hay gente que se cansa de la dictadura y se fueron moviendo los griegos hasta que hubo un juicio, y volvió la democracia. Pla-



Miguel Delibes.

tón se frotaba los dedos. Y el ahora Premio Nobel también. Se hallaban en el ágora cuando esto ocurrió. Los poetas y los filósofos se encuentran siempre en el ágora, porque es que resulta que no mueren. De los andaluces he pensado alguna vez que nacen varios siglos después de haber vivido, y por eso tienen esa alegría tan pacífica, soportan el paro como si fuera bendición gitana, asisten al latifundio como si fuera un chiste de Forges, y luego oyen cantar a Malrena como si nada hubiera pasado. Los griegos también son un poco así de pacientes. Por eso esperaron tanto a tener un Premio Nobel. Nosotros también tenemos un Premio Nobel casi griego, porque Vicente Aleixandre es andaluz. ■ SILVESTRE CODAC.